

La Medicina Mochica

Por: Rafael Larco Hoyle (*)

LA DEFENSA Y PROLONGACIÓN DE LA VIDA, primordial preocupación del hombre de todos los tiempos, atrajo la atención y suscitó los esfuerzos de los antiguos peruanos. Debió mediar un tiempo grandemente dilatado antes de que los mochicas, con espíritu científico, descubrieran las propiedades curativas de los metales, plantas y animales, hasta lograr establecer instituciones o profesionales exclusivamente dedicados a la defensa de la salud.

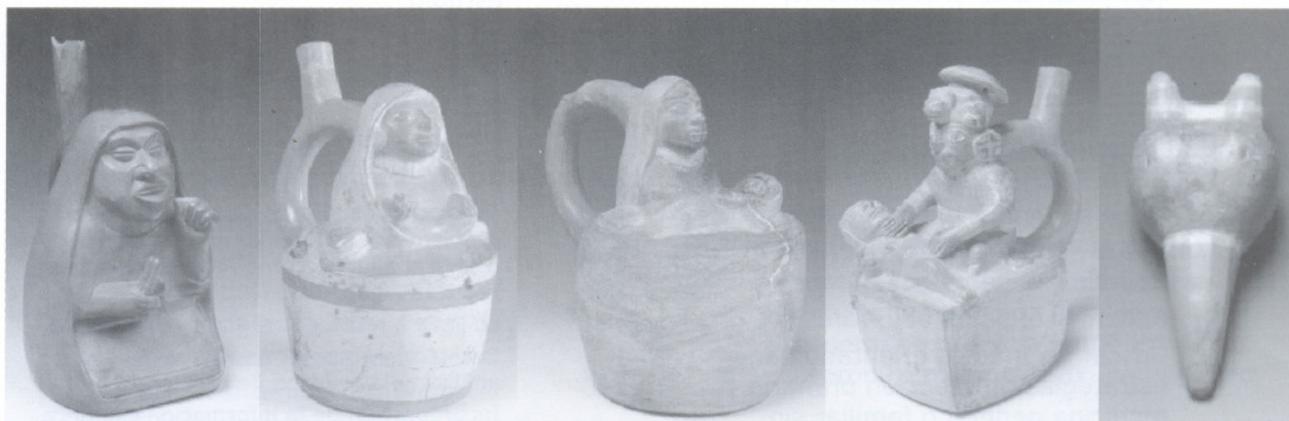
Los ceramios nos han reservado noticias interesantes acerca de las enfermedades que los aquejaban y los procedimientos de curación que empleaban, los mismos que por sí solos revelan el alto nivel de su medicina. Asimismo, del conocimiento de numerosos secretos terapéuticos con los que constituyeron barreras infranqueables para muchos flagelos infecciosos, que antes de tales prácticas causaban tremendas bajas. En estos ceramios, después de muchas comparaciones, hemos logrado identificar a los antiguos médicos, que eran de ambos sexos.

¿Cuáles eran las características que distinguían a los médicos mochicas? Vamos a verlo enseguida. Las mujeres (lámina No. 252) eran de edad madura.

Aparecen sentadas en el suelo con las piernas cruzadas y un gesto de severidad en sus rostros. Su indumentaria consiste en una túnica con mangas cortas, aprisionada en la cintura por una faja, y un manto largo que, partiendo de la frente, cubre toda la parte posterior del cuerpo.

A pesar de ser relativamente pocas las prendas de vestir, su corte y la manera como son llevadas dan a estos seres cierto aire de superioridad y hasta de elegancia. Como distintivo especial, un ancho collar, todo formado de cuentas planas, rectangulares y estiradas, óseas o conchíferas, rodea el cuello, según puede verse en la figura No. 253. Además, llevan en las orejas vistosos aretes, atavíos que son raros en otras representaciones femeninas. A su costado, siempre se ve una pequeña caja que, sin duda, contenía los medicamentos y amuletos para la curación, y además, los utensilios que servían para administrarlos.

En muchas ocasiones es dable observar los remedios en manos de las curanderas. Buen número de ellas han sido representadas, igualmente, en plena función, sentadas frente a sus pacientes (Fig. No. 254). Los hombres (Fig. No. 255) son de edad adulta. Sin duda pertenecen, por su condición, a un alto rango



252

253

254

255

256

jerárquico. Todos se muestran regiamente ataviados, exhibiendo magníficos tocados y hermosas orejeras o aretes. Aparecen adoptando la misma actitud que las mujeres (sentados), y en torno a ellos los objetos y útiles de curación.

Con la representación de estos antiguos curanderos aparecen las sonajas que los brujos indígenas de hoy llaman "chunganas" (Fig. No. 256). Estos mismos ceramios nos permiten conocer los males que los aquejaban y los métodos que empleaban para combatirlos. Pero antes de explicar pormenores, creemos conveniente exponer algunas noticias, comprobaciones tradicionales y experiencias que hemos tenido en las excavaciones

En casi todos los pueblos indígenas, que hoy prosperan dentro del área que comprendiera el territorio mochica, pueblos cuyos caracteres raciales y costumbres los identifican como sucesores de los mochicas, hemos podido comprobar que la mayoría de las gentes vive largos años sin sufrir ninguna dolencia. Tanto, que llegan a la senectud en el dominio de sus fuerzas físicas y mentales. Tal longevidad y lozanía no se explican sino por la bondad del clima y la vida metódica, libre de excesos, que llevan estas buenas gentes.

Dentro de los pueblos que nos ocupan, sólo existen las enfermedades que nos trajeron las civilizaciones extranjeras, tales como la bubónica, viruela, tifus, entre otras, tremendos morbos que han constituido verdaderos flagelos y diezmaron las poblaciones donde se presentaban en forma de epidemias. Fuera del paludismo o malaria, enfermedades del aparato respiratorio y de la piel, creemos que la mayoría de los males existentes son y eran de carácter psíquico, fáciles de curar mediante

actos capaces de producir reacciones favorables en el paciente, los mismos que se practican hoy, tanto dentro de la medicina como de la hechicería.

De otro lado, en casi todas las tumbas que se han descubierto en los valles de Chicama y Santa Catalina, salvo raras excepciones, se ha comprobado que la mayoría de los cadáveres pertenece a personas adultas. Sólo una circunstancia, por demás importante, nos hace pensar en la existencia de verdaderas plagas en aquella época lejana, plagas que sin duda arrasaron muchos pueblos: el hallazgo de tumbas múltiples en algunos parajes de los mencionados valles, con dos a cinco cadáveres de individuos de distintas edades en cada una. La manera como curaban a los enfermos está fielmente expresada en la cerámica: el paciente, completamente desnudo, era colocado en posición dorsal, y ocupaba el frente del curandero o curandera. Esta forma de auscultación al desnudo constituía la mejor manera de diagnosticar el mal y determinar su tratamiento.

Entonces el curandero aplicaba las manos sobre el cuerpo del enfermo en las regiones adoloridas o inflamadas; luego, cerraba los ojos y con la cara hacia lo alto, en actitud de invocación, procedía a indagar la causa de la enfermedad y a descubrir el camino más seguro para combatirla (Fig. No. 257).

En la conciencia de estos antiguos curanderos influía lo sobrenatural y lo maravilloso. Sus invocaciones tendían, por lo tanto, a excitar el ánimo del enfermo y a lograr su confianza para que éste se resignara después, lleno de fe, a todo cuanto con él hiciera o le administrase su presunto galeno. Por consiguiente, en toda curación regía una poderosa influencia sugestiva, a más de las bebidas de propiedades hemostáticas, analgésicas, euforbiáceas,



257

267

268

269

270

diaforéticas, etcétera, que se obligaba a tomar al paciente en procura de extirpar sus dolencias.

Es natural suponer que no todos los tratamientos empleados culminaban satisfactoriamente; algunos pacientes morían, porque el destino torvo había sido superior a todo esfuerzo. Las divinidades lo querían así, y como venía de la voluntad de ellas, todo se aceptaba ciegamente. Desde luego, no hay que desconocer que muchísimas nociones médicas se fueron arraigando y depurando poco a poco, a medida que los casos se repetían y era mayor la experiencia del curandero. Y no de otra manera fueron formando su bagaje clínico acerca de los morbos cuyo poder destructor tenían que combatir.

La recuperación de la salud fue un fenómeno que debió influir mucho en sus creencias y en su fe. Actualmente, el indígena guarda veneración por la persona que le ha devuelto las energías, que le ha librado del "mal infernal". A este respecto, creemos fundadamente que los hechiceros de hoy, que practican una serie de curaciones utilizando medios y sistemas opuestos a los preconizados por la medicina contemporánea, no son sino, en buena cuenta, brotes de viejos doctores de las civilizaciones que antecedieron a los incas. Sus medicaciones, como veremos después, están estrechamente unidas a los poderes curativos de las plantas y a una serie de actos a los que se les daba origen sobrenatural.

Estos modernos hechiceros aún son muy visitados por gentes ingenuas que siempre los prefieren antes que a los médicos, y ellos se jactan de mantener vínculos con las divinidades bienhechoras, como los santos cristianos, entre los que se destaca como patrón San Patricio, y también con seres maléficos sobrenaturales, como los "pactos con el

diablo", a la manera del célebre personaje de Goethe. Siguiendo la tradición, el hechicero, según su afirmación, continúa curando en íntima colaboración con el demonio, quien es el que devuelve la salud, y por lo tanto, permite curas "que no pueden hacer los médicos de hoy".

Las "chunganas" juegan rol esencial en los procedimientos de curación; con ellas, y entonando cánticos, adormecen al paciente y logran imprimir acción benéfica a sus brebajes. En la antigüedad, sin duda, tenían la misma aplicación; por eso tales "chunganas" aparecen siempre junto a los curanderos en los ceramios o en manos de éstos haciéndolos sonar. Entre las enfermedades que causaban mayor daño en la época mochica, creemos que figuraban todas las de carácter psíquico, o, por lo menos, eran las más comunes y generalizadas. Sin embargo, los ceramios nos presentan casos de males cutáneos, infecciones avariósicas y de cicatrices varicosas, cuyo origen no está debidamente probado. Como casos raros, se registran: la parálisis facial hace mucho tiempo, se ha hablado de la sífilis del indio proveniente de un contacto con la llama, que la lleva ingénita.

También existieron afecciones a los ojos que originaron frecuentes cegueras. Muy común parece haber sido, como ocurre hoy, el ataque de conjuntivitis, cuya gravedad en muchos casos privó de la luz y el color al órgano de la vista. El rostro inquietante y sombrío del ciego impresionó hondamente al artista mochica, cuya contemplación le inspiró obras magníficas que hoy se destacan justamente en las colecciones (Figs. Nos. 266, 267).

El fragmento del huaco de la figura No. 268 nos muestra a un individuo con el rostro cubierto de cicatrices de una enfermedad parecida a la viruela.



271 a

272 b

272

273

274

Sobre este mal se ha afirmado hasta hace poco que también lo trajeron los españoles, pero, con todo, la manifiesta similitud del varioloso de la cerámica con lo señalado por este morbo hoy parece comprobar la existencia de este mal desde muy antiguo en el Perú. Nosotros no podemos inclinarnos todavía por una afirmación categórica al respecto, ya que nuestros elementos de investigación son aún reducidos. El huaco de la lámina No. 269 es una revelación de la existencia del bocio exoftálmico, proveniente de desarreglos endocrinos, a base de la glándula tiroidea y la paratiroides.

Los estudios médicos peruanos contemporáneos han demostrado que hay verdaderas regiones bocígenas en nuestro suelo, las mismas que acusan remotísimo origen. A más de los mencionados males, hemos observado también fenómenos patológicos producidos por el mixedema, que en todos los casos va unido al cretinismo. En la figura No. 270 se ve un individuo atacado por este mal, cuya antigüedad en el Perú también ha sido comprobada por muchos estudiosos. El bocio y el mixedema han originado en el Perú un gran número de cretinos, especialmente en algunos parajes de la región andina. Y la patología ha comprobado que ambos males son de muy fácil arraigo entre los aborígenes. La falta de un razonable control en la sexualidad dio como resultado la presencia de muchas aberraciones en el aspecto libidinoso, cuyas manifestaciones más comunes se hallan en el onanismo y otros derivados tanto del vicio solitario como de la relajación en las relaciones de la cohabitación.

Las figuras Nos. 271a y 271b nos muestran el caso repugnante de un onanista semiesqueletizado, cuyo realismo nos dice de la tremenda impresión que el individuo causó en el artista, la misma que ha logrado

expresar en su obra. La andarilla o caramillo pánico que tiene puesta sobre los labios representa en este caso la única compañera en su aislamiento doloroso. La lujuria aparece fielmente representada en la figura No. 272, que constituye todo un valioso documento. La escena depravante e ignominiosa ha sido modelada con una desnudez conmovedora, inspirada acaso como medio represivo para los que contemplaran dicho cuadro. Allí se halla un hombre en un estado calamitoso, entregado todavía a los impulsos sádicos con una mujer rolliza, la que contribuye mayormente en la escena plástica a poner de relieve la miseria y aspecto repugnante a que conduce tal exceso. En este caso, todo intento descriptivo nos parece innecesario, ya que su realismo tan punzante habla con elocuencia de los estragos del mal, mal que originó en muchos pacientes, sin duda alguna, alteraciones de la sangre con manifestaciones cutáneas terribles. Tales desequilibrios de orden puramente fisiológico eran mayormente estimulados con el uso de bebidas fermentadas.

En medio de estos vicios y los daños producidos por las afecciones al aparato respiratorio, saltaron un sinnúmero de casos sífíticos que también han sido representados fielmente en la cerámica, con todo el cortejo de sus miserias físicas. Pues no solamente se han reproducido las excrecencias sífíticas y lórdicas, sino también el elevamiento de los hombros, seguido del hundimiento del cuello, del tórax, que son los fenómenos clásicos de las deformaciones vertebrales. Además, el rostro mismo revela un estado de cretinismo

(Figs. Nos. 273 y 274). La idiocia también fue frecuente, pues en muchos ceramios aparecen individuos cuyos rostros presentan tipos verdaderamente clásicos de este mal nervioso (Ver



Fig. No. 275), que tiene diverso origen y que debe haber estado generalizado entre los mochicas.

La figura No. 276 nos presenta una nativa momentos antes del parto. Las mujeres encargadas de los cuidados maternos, antes y después del alumbramiento, eran distintas de las curanderas. El huaco de la lámina No. 277 es de una importancia especial en esta materia. Demuestra un gran paso en la maternidad mochica, pues el parto se efectuaba por gravedad, lo que acusa un perfecto conocimiento clínico en su forma más fácil y normal. En la escena vemos al marido que sujeta a la esposa por los flancos del vientre, sin duda para hacerle masajes y ayudarla para el alumbramiento, y a la partera dedicada con vigilante atención a la evacuación del nuevo ser. Junto a la parturienta están los utensilios y cajas que servían para estos casos. En cuanto a la expresión del trance, el artista ha sabido interpretarla con gran realismo: la faz de la mujer acusa con extraordinaria vivacidad los agudos dolores del alumbramiento; asimismo, podemos observar el vientre abultado y los pechos endurecidos y desproporcionados. Se presentaban casos normales y anormales en el parto que eran atendidos con todo éxito.

La cirugía mochica alcanzó progresos sensibles, y llegaron al dominio más completo en las amputaciones. No de otro modo se explicaría la presencia del sujeto que aparece en la figura No. 279, a quien se le ha cercenado el pie, y ha reemplazado esta extremidad, de manera perfecta, con un casquete de madera. Fuera de este ejemplo, nos hablan de la habilidad de los cirujanos mochicas los mutilados sin labios o narices (Fig. No. 280), cuyas huellas demuestran una notable cicatrización y la soldadura de sus heridas primarias. En estos casos se aplicaba con especialidad los hemostáticos. Las amputaciones eran

perfectas (Figs. Nos. 281 y 282), pues no sólo se seccionaban los huesos, sino que, aprovechándose de las articulaciones, cortaban las piernas y los pies. Para sus amputaciones empleaban la técnica quirúrgica de hoy, que consiste en hacer la sección del hueso alto, con el objeto de formar el muñón, que queda consolidado y en inmejorables condiciones para el futuro. Las amputaciones demuestran que, hecha la sección, cosían ambos lados, y dejaban al centro una herida que está representada en todos los huacos por una incisión; servía ésta, sin duda alguna, para completar la curación sin peligro. Respecto a las amputaciones, faltaba indicar, según aparecen en los ceramios de las figuras Nos. 283 y 284, las realizadas en los miembros superiores, operaciones que, según parece, estaban muy generalizadas. Sin embargo, hasta la fecha, aún no nos ha sido posible hallar tumbas con cadáveres que hubieran sufrido cercenamientos, amputaciones o trepanaciones.

Para finalizar, como conclusión de nuestras observaciones en este aspecto de la cultura Mochica, debemos decir que en la multitud de tumbas que hemos explorado nos ha sido posible comprobar la presencia de numerosísimos cadáveres de individuos de edad muy avanzada, lo que acusa, o bien la ausencia de enfermedades infecciosas o de epidemias en la antigüedad, o el perfecto dominio que el médico mochica alcanzó sobre los secretos de su profesión, mediante el cual logró combatir con éxito los flagelos que azotaran a sus contemporáneos, lo que elevó grandemente el nivel medio de sus vidas. La salud fue, pues, para el mochica el bien por excelencia, que realmente daba un sentido fecundo y generoso a su vida.

(*) Extraído del libro "Los mochicas" del mismo autor.

